

SUSANA GARCÍA, ENSEÑANZA CIENTÍFICA Y CULTURA ACADÉMICA. LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA Y LAS CIENCIAS NATURALES (1900-1930), ROSARIO, PROHISTORIA EDICIONES, 2010, 314 PP.

JOSÉ BUSCHINI*

En este libro, versión modificada de su tesis doctoral, Susana García aborda un objeto con coordenadas espacio-temporales precisamente delimitadas –se trata de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) entre los años 1900 y 1930– y construye su mirada en el cruce de dos tradiciones intelectuales, la historia de la educación superior y la historia de la ciencia, con la intención de elaborar un relato ajeno al marco interpretativo que a su criterio orientó casi con exclusividad los estudios sobre las universidades del país: la Reforma Universitaria de 1918 y sus perdurables consecuencias en los modos de evaluar el curso posterior que siguieron esas instituciones.

La singularidad de esta perspectiva, poco usual en el medio local, ofrece como resultado un libro cuyo principal objetivo consiste en analizar, a través de los discursos y las prácticas –y la distancia que muchas veces existió entre ambos planos–, el modo en que se articuló la relación entre universidad, ciencia y sociedad en el momento fundacional de la UNLP y en el cuarto de siglo que siguió a esa creación. Para ello, García estudia el papel otorgado a la ciencia en la organización de la enseñanza, el desarrollo de prácticas científicas (especialmente en el área de las ciencias naturales) y las actividades asociadas con la extensión universitaria. En este marco resulta clave el empleo que elige del concepto de *cultura académica* propuesto por Fritz Ringer, que le permite abordar dos aspectos interrelacionados del vínculo entre ciencia, universidad y sociedad: “por un lado, las creencias explícitas manifestadas en el seno de una comunidad universitaria en relación con las prácticas de enseñanza e investigación; por otro lado, las relaciones sociales y las realidades institucionales en las cuales tienen lugar estas actividades” (p. 18). Es a través de estos dos ejes y sus relaciones, justamente, que se

* Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, CONICET.

organizan en buena medida los diferentes temas estudiados en cada uno de los capítulos, en algunas oportunidades para mostrar la manera en que el desajuste entre ambos estuvo en el origen de los fracasos de ciertas iniciativas, como por ejemplo en el caso de las dificultades para promover carreras de carácter científico ante la ausencia de alumnos, resultado de un medio cultural y un mercado laboral que incentivaban la obtención de acreditaciones para el ejercicio de las profesiones liberales por sobre la prosecución de estudios desinteresados.

Aunque esto no sea explicitado, se puede argumentar que el libro se encuentra dividido en dos partes. Así, mientras que en los primeros tres capítulos se estudia la creación y organización inicial de la UNLP, en el resto del libro se coloca la mirada en dos dependencias de esta casa de estudios (el Instituto del Museo y Facultad de Ciencias Naturales y la Sección Pedagógica) con la intención de analizar en profundidad aspectos asociados con las prácticas científicas, la organización de la enseñanza y la vinculación de estas actividades con actores ajenos al espacio universitario.

El primer capítulo reconstruye el contexto en el que surgió el proyecto de creación de la UNLP, con una consideración especial de los agitados debates que se suscitaron en torno de la “cuestión universitaria” en el período de entresiglos, debates que incluyeron, entre otros temas, la necesidad de replantear el curso que habían adquirido hasta allí las universidades en lo tocante a sus funciones científicas y docentes. Se da cuenta en este marco de las críticas que recibieron las instituciones de estudios superiores en los últimos años del siglo XIX, que hacían eje principalmente en la autonomía, el carácter cerrado del gobierno y la presencia de un sesgo profesionalista, expresado en la primacía de la función de otorgamiento de acreditaciones para la práctica profesional y en el predominio de carreras como Derecho y Medicina por sobre aquellas orientadas a estudios científicos; los proyectos legislativos que fueron presentados (infructuosamente) con el objetivo de contrarrestar esta situación y las protestas estudiantiles de 1903 y 1905 que derivaron, en 1906, en una reforma del Estatuto de la Universidad de Buenos Aires que recogía algunos de los reclamos mencionados (p. ej., el reemplazo de las cuestionadas Academias por Consejos Directivos en el gobierno de las Facultades). Junto a estos acontecimientos, que hablan de un escenario en el que no solo eran eje de cuestionamientos los centros de educación superior existentes sino que ade-

más había margen para la discusión sobre los modelos de universidad deseables, se da cuenta también de la creación en 1897 y bajo la órbita del gobierno de la Provincia de Buenos Aires de la Universidad de La Plata –institución que estaría en la base de la posterior UNLP– y de las características que asumió en sus primeros años de funcionamiento.

Con ese marco como trasfondo, el segundo capítulo aborda los sentidos asociados con el proyecto de creación de la Universidad Nacional de La Plata, especialmente en cuanto a las concepciones sobre las funciones de la institución universitaria y las iniciativas que se promovieron para conformar una identidad compartida (un “espíritu universitario”, como se lo llamaba) y regular la conducta de profesores y alumnos –ámbito en el que, una vez más, no necesariamente lograron una implementación efectiva y duradera las ideas de los fundadores–, entre las que se pueden mencionar el poder otorgado a los profesores en el gobierno de las facultades, la realización de asambleas de profesores con carácter anual, la creación de un sistema de correlaciones entre carreras afines y el estímulo a la conformación de centros estudiantiles. Un aporte destacado de este capítulo es el análisis que realiza García de la trayectoria de Joaquín V. González (miembro del gabinete del presidente Roca desde 1901, integrante de esa generación que Eduardo Zimmermann¹ rotulara como los “liberales reformistas” y principal promotor de la UNLP), particularmente en relación con sus concepciones sobre la universidad y los vínculos que estas ideas tenían tanto con los debates de esos años sobre la “cuestión universitaria” como con los modelos de universidad que circulaban a nivel internacional. Contra la extendida creencia de un fuerte predominio del modelo alemán en el proyecto de creación de la UNLP, que se habría intentado “implantar” a nivel local, García sostiene, por un lado, que existió una apropiación ecléctica y poco sistemática de algunos aspectos educativos de las universidades inglesas y de ideas promovidas por los presidentes de las universidades norteamericanas y los académicos reformistas franceses y españoles –para dar cuenta de este eclecticismo también nos recuerda que la organización inicial de la UNLP se realizó sobre un fondo de institucionalidad preexistente, heterogénea en su conformación y con fuentes diversas de legitimidad, que

¹ Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

debía ser integrada bajo un solo organismo—y, por otro lado, que antes que como patrones para imitar estos modelos sirvieran como estrategia argumentativa para dar sostén a los proyectos institucionales propios. En cualquier caso, allende las influencias que pudieran estar en el origen del proyecto de González, García lleva adelante una reconstrucción detallada de las funciones que en él se atribuían a la UNLP, entre las que se destacaban constituirse como un medio para dar estabilidad al régimen republicano y lograr la unidad nacional —en asociación con una concepción según la cual el accionar de los hombres en la vida pública es el resultado de la educación recibida—, consolidarse como un ámbito de entrenamiento profesional acorde con las necesidades socioeconómicas del país y ser capaz de promover el desarrollo de diferentes campos del saber.

El tercer capítulo estudia la organización de la enseñanza en la UNLP, el lugar destinado a la ciencia en este marco y las ideas y prácticas asociadas con las actividades de extensión universitaria. Con este fin se analizan las acciones orientadas a reemplazar un sistema de enseñanza basado en el verbalismo y la imaginación por otro centrado en la experimentación, la observación y el método científico, para lo cual se dio carácter obligatorio a las clases, se fortalecieron los trabajos prácticos, se incorporaron prácticas de laboratorio y, con un sentido desplazado del que se le otorgara en su contexto original, se estableció la modalidad del seminario; los esfuerzos para promover las actividades científicas dentro de la institución, con mecanismos como la contratación de científicos extranjeros, el envío de becarios al exterior, la contratación de graduados para el ejercicio de la docencia y la investigación, la adecuación de la estructura edilicia y la compra de los instrumentos y materiales necesarios para el trabajo cotidiano y las diferentes iniciativas para vincular las actividades de la UNLP con el contexto social más amplio a través de la extensión universitaria —actividad muy difundida a nivel internacional como parte de un contexto de promoción de la educación de los sectores populares por parte de las élites—, que incluyeron conferencias, ciclos de lecturas, cursos destinados a la clase trabajadora (dictados en edificios de la propia UNLP, en centros obreros y en bibliotecas populares) y la creación en 1909 de una Universidad Obrera por parte de un grupo de estudiantes, por mencionar algunos ejemplos.

Con el cuarto capítulo, como señalamos previamente, se produce un cambio de registro en tanto el análisis se desplaza hacia

una de las dependencias de la UNLP: el Instituto del Museo y la Facultad de Ciencias Naturales. Allí se estudia la anexión del antiguo Museo de La Plata (creado en 1884) a la UNLP en el mismo momento de su fundación, la reorganización que experimentó en este marco, entre otras cuestiones a partir de la creación, un año más tarde, de la Facultad de Ciencias Naturales con una estructura que incluía Secciones (destinadas a las investigaciones científicas y al cuidado de las colecciones) y Escuelas de enseñanza (que cubrían la función docente y también incorporaban gabinetes y laboratorios para la instrucción práctica y las investigaciones de docentes y colaboradores), el modo en que se resolvió la contratación del personal científico responsable de las diferentes cátedras y secciones, que combinó la contratación de científicos extranjeros y locales, la generación de cargos para integrar a los estudiantes que mostraban cierto interés en dedicarse a la actividad científica y las dificultades que existieron para lograr que estos cargos se constituyeran efectivamente en la plataforma inicial de posteriores carreras profesionales ligadas a la ciencia y, por último, el modo en que se dieron a conocer los trabajos realizados en la institución, tanto a partir de la *Revista del Museo* (destinada a un público académico y pensada también, a través del canje, como un medio para la obtención de bibliografía internacional) como de las colecciones de divulgación con las que se pretendía llegar a un público más amplio.

El quinto capítulo continúa lo iniciado en el anterior y aborda específicamente cuestiones asociadas con la formación universitaria en ciencias naturales. Se estudia el modo en que se organizaron la Licenciatura y el Doctorado en Ciencias Naturales y se consideran las tensiones que existieron en torno de la orientación que debía seguir esta carrera –registradas a través de los diferentes planes de estudio y los debates que se suscitaron ante las sucesivas modificaciones–; a lo largo del período en estudio se aprecia la disputa entre dos posiciones, una que se podría denominar “especializada” (pretendía impulsar los trabajos de laboratorio, con un perfil de graduado más orientado a carreras profesionales propiamente científicas) y otra de carácter “generalista” (buscaba formar naturalistas aptos para la exploración del territorio nacional), que finalmente lograría imponerse, en especial a partir de la década de 1920, cuando se produjo un cambio de autoridades en el Museo. El capítulo también muestra la forma en que las diferentes cátedras que integraban la Facultad llevaron a la práctica el desplazamiento previamente

mencionado de un modelo de enseñanza verbalista hacia otro sustentado en la experiencia y estudia en detalle las actividades de Miguel Fernández, un zoólogo formado en Alemania que se destacaría en el área de la morfología experimental y sería uno de los actores más involucrados en la tarea de impulsar un tipo de formación especializada, en el desarrollo de programas de investigación fuertemente articulados con la comunidad científica internacional y en el entrenamiento de nuevas generaciones de científicos.

Finalmente, el último capítulo del libro se concentra en la definición de los criterios a propósito del modo en que debían ser formados los docentes de nivel medio, cuestión que fue objeto de fuertes disputas entre los diferentes actores que gravitaban en la vida de la UNLP. La resolución adoptada inicialmente, que combinó una preparación específicamente pedagógica a cargo de una Sección creada para tal fin (la Sección Pedagógica, perteneciente a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, que en 1914 cobraría autonomía a partir de su establecimiento como Facultad de Ciencias de la Educación) y un entrenamiento en cuestiones científicas a cargo de las diferentes carreras (según la especialidad seguida), derivó en duros enfrentamientos asociados con la definición de los ámbitos de incumbencia en relación con la definición de los contenidos científicos que se impartirían a los alumnos del profesorado y con las unidades encargadas de esta tarea, luchas que con el correr de los años favorecieron al grupo de los “pedagogos”. Ya en la década de 1920, según sostiene García, la formación del docente secundario correspondía a la Facultad de Ciencias de la Educación (ahora de Humanidades y Ciencias de la Educación) e inclusive en algunos casos, como en el profesorado de biología, los contenidos de los cursos para los aspirantes al profesorado no eran reconocidos como equivalentes para el plan de estudios del doctorado.

Como se puede apreciar en esta reseña, el libro resulta de interés en diferentes planos. Por un lado, a partir del estudio detallado que realiza sobre la fundación y organización inicial de la UNLP, resulta un aporte fundamental para el campo de estudios historiográficos sobre las instituciones de educación superior en el país. Por otro lado, sobre la base de los ejes problemáticos a partir de los cuales se estructuran los diferentes capítulos, constituye un trabajo clave para los estudios sobre el desarrollo de las instituciones y las prácticas científicas en el país. En este plano se debe resaltar, como consideración general, el esfuerzo que realiza la autora para mostrar la

profunda imbricación entre la organización del trabajo científico, las prácticas de enseñanza y la divulgación de los conocimientos producidos para un público ajeno al ámbito académico en un momento en el que la ciencia no estaba plenamente institucionalizada y profesionalizada en el país y necesitaba encontrar diversas fuentes de legitimidad. En ese sentido vale la pena citar las palabras con que se cierra el libro, que constituyen un buen indicador de las preocupaciones a partir de las cuales cobraron forma las preguntas centrales de la investigación realizada:

Lejos, muy lejos de la torre de marfil, ni la universidad ni la ciencia pudieron desarrollarse al margen del contexto social que las sustentaba. Tampoco serían ajenas a las luchas de poder, los intereses particulares, los conflictos propios del mundo del trabajo y de las instituciones públicas de la Argentina. Lo curioso, en todo caso, es la emergencia de ese tópico en algún momento de su historia. Analizar por qué los científicos y los estudiantes empiezan a creer que viven en un mundo privilegiado, lejos de los conflictos del país, queda como una tarea para futuros historiadores (p. 278).

Resta señalar, para concluir, que el libro no se destaca solo por la originalidad de su perspectiva sino también por la calidad y el uso de los materiales empleados para la construcción de los argumentos. En primer lugar, por la literatura internacional sobre historia de la ciencia y la educación superior, que es utilizada a la vez para la identificación de un conjunto de problemas significativos y para la reconstrucción del escenario internacional que operaba como referencia de los actores locales. En segundo lugar, por el rastreo exhaustivo de la exigua literatura existente sobre la historia de la ciencia y la educación superior del período en el país. Por último, pero no por ello menos importante sino antes bien lo contrario, por la notable cantidad de fuentes documentales inéditas desplegadas a lo largo del texto que posibilitan una reconstrucción de los discursos y las prácticas analizados con un gran nivel de detalle.